

El Hombre Estructural, MANUEL DE BENAVIDES LUCAS. Confederación Española de Cajas de Ahorros, Madrid, 1974, 260 pgs.

A lo largo de seis capítulos, precedidos de introducción y seguidos de conclusiones, el autor, Manuel de Benavides Lucas, trata de la noción de estructura como de una nueva dimensión del espíritu humano presentado así.

El Hombre Estructural.

"*Homo significans* sería, según Barthes, la denominación del hombre estructural, la caracterización del hombre... como portador, hacedor y soportador de símbolos". La superioridad de la simbolización sobre la racionalidad es una de las justificaciones del presente estudio, que señala la función preponderante de la lingüística como integrante de la semiología; la sociedad, sus mitos, el universo simbólico se enfocan científicamente y sobre todo como un hecho cultural.

La obra, montada alrededor de dos grandes ejes de gran actualidad, el lenguaje y la sociedad, permite al lector seguir paso a paso el análisis del nuevo planteamiento de su individualidad y también de su historia, de la cara visible y la cara oculta de la conciencia.

En el capítulo I se exponen ampliamente las *Generalidades* del Estructuralismo, la nueva teoría o *metodología*

que tiene sus propias expresiones léxicas. La ideología y los descubrimientos de Lévi-Strauss, Saussure, Lacan, Chomsky, Foucault (trabajo-vida-lenguaje) se analizan y discuten: el nexo *El Hombre es su Lenguaje* titula el tercer capítulo, lenguaje que es, asimismo un hecho social. De aquí derivan las teorías de la comunicación entre seres racionales, "*animal de símbolos*", receptor y transmutor de símbolos, con un estudio de las famosas Escuelas Lingüísticas de Praga, Copenhague, la gramática generativa de Chomsky, el "álgebra de la lengua" partiendo de la relación *significante/significado*, o *sonido y sentido* de Saussure, tomando la palabra como símbolo del pensamiento, dado el axioma de que "la lengua es una forma y no una sustancia". El estudio de la fenomenología del lenguaje implica los dos planos básicos del estructuralismo, *diacrónico* y *sincrónico*, y la relación formal entre *sintagma* y *paradigma*... Hjelmslev observa también, como Saussure, dos planos funcionales de la lengua: *contenido* y *expresión*, que convergen en signos.

El Capítulo IV se concentra en *Lévi-Strauss o El Silencio Sonoro* para entrar en el campo del psicoanálisis y la etnología y afirmar que "Quien dice lenguaje dice sociedad", apareciendo una estructura geológica —científica, por tanto— del hecho social; se llega a la conclusión del carácter simbólico del estudio sociológico, como se

vió antes en el lingüístico. Hay un acercamiento a otra hipótesis de Lévi-Strauss en conexión con “la ley universal de la prohibición del incesto” y la semiología creadora de un nuevo orden social o *natura/cultura*, la búsqueda de cuyo nexos lleva hasta los más hondos confines inexplorados del subconsciente humano. Todo ello permite al citado investigador subrayar “el carácter inconsciente de la estructura”, como importantísimo punto de partida, junto con la raigambre de la cultura... en la ley de la prohibición del incesto”, con carácter universal.

La semiología de los colores y de las figuras geométricas —triángulos, vectores— tiene funciones significativas en las doctrinas estructuralistas. Estudia la relación entre bricolage, pensamiento mítico y ciencia, lo que equivale a “la inversión de la sincronía/diacronía”, viene un sugestivo enfoque del pensamiento mítico, como función estética del espíritu cuya síntesis realiza la música, arte en que se insiste repetidamente por ser un lenguaje del orden “privilegiado”. Como superestructura de la lengua, la mitología puede experimentar un avance similar a la lingüística al “analizar los mitos como sistemas de relaciones, en los que los elementos no son nada por sí mismos...”, reforzando aquí el sentido de “relación” lógica entre *antinomias fundamentales* y el papel *mediador* del pensamiento mítico.

Diversas imágenes claras y actuales de los mitos universales y los mitemas, junto con el papel “medium” del arte musical refuerzan la teoría estructuralista en sus nociones de “comunicación”, “sistema”, “símbolo”, “inconsciente” y en sus conclusiones paradójicas pues “No nos comunicamos a través de símbolos... sino por medio de signos”. El libro de Lévi-Strauss *Tristes Tropiques* queda definido aquí como “una reflexión elegíaca sobre el destino del hombre”, que tiene que renacer en un nuevo humanismo, una nueva experiencia cultural e individual,

del ego y del “otro en mí”, puesto que venimos a parar a una definición práctica, útil, del estructuralismo como sistema que “explica cómo están ligados lo sensible y lo inteligible”; un amplio horizonte abierto a la humanidad de la cultura estructural. Sobrepassar el campo estrictamente formalista ha de ser una lucha inteligente dentro del Estructuralismo, para pasar a las significaciones profundas, a las relaciones del inconsciente.

En realidad, Lévi-Strauss llega, con su análisis estructural, a constatar “la decadencia universal”, con la salvaje “civilización tecnológica” y “la ruina de todo humanismo”; por esto la reflexión estructuralista intenta llegar a los orígenes. En consecuencia, la máxima libertad espiritual tiene conexión con los mitos ya citados, en tanto que la desmitificación es avasalladora para el hombre. Después de la crítica filosófica de la ciencia tecnocrática, se ofrece un “abanico crítico” del sistema estructural, presentando distintas opiniones de antropólogos, marxistas, pensadores...

Se comentan en el capítulo V las teorías del lingüista, Jacques Lacan, para quien “el significado incluiría también al paradigma, y el significado, al sintagma”. Con las leyes del lenguaje se estudian las no menos importantes del inconsciente, los planos de selección y combinación y sus relaciones con todo el simbolismo que contienen éstas y los términos retóricos del lenguaje. Categóricamente, *El símbolo hace el hombre* se prueba analizando un cuento, a guisa de parábola, como suelen hacer los estructuralistas para dar la imagen clara y actual del funcionamiento/significante/significado en el hombre y su identificación simbólica con las palabras-signos.

“El sujeto, al introducirse en el orden simbólico, se provee de una máscara, que ocultará la verdad, que es del orden de lo reprimido, de la natura, que aquí se sitúa vs. la Cultura;”. El horizonte se amplifica para el pensador

estructural, se le ofrece un fecundo y anchuroso campo al descubrimiento con "El espectro nocional barrido por el término "estructura" ", objeto del último capítulo del libro y que contiene múltiples definiciones. En la vertiente *geneticista* del estructuralismo, "la estructura... ata los términos individuo-sociedad como un todo que se cumple dialécticamente en la historia" y establece la relación profunda entre la obra literaria y la "visión del mundo", método que perfecciona el análisis de las creaciones literarias que transmiten la realidad social a través de la sensibilidad y la visión individuales.

Según esta auténtica revolución humana que implica el estructuralismo, con *el tratamiento del espíritu como una cosa* entre las del mundo, finalmente la verdad es del dominio del inconsciente, la libertad es una ilusión y, conclusivamente, hay que tener en cuenta que "la noción de estructura responde... a la necesidad de combinatoria del espíritu humano, a su necesidad lúdica".

Mariángela CERDA I SURROCA

Evaluación de las inversiones, C. J. HAWKINS y D. W. PEARCE, MacMillan - Vicens Vives Barcelona, 1974 - 96 pgs.

Los autores de este libro pretenden dar la base necesaria para entender la controversia que existe actualmente acerca de si el VAN y la TIR tienen que maximizar la utilidad de los accionistas como algo opuesto a la maximización de su renta.

Este propósito lo abordaré en tres grandes apartados. El primero, que incluye los cap. 1, 2 y 3, estudia los distintos métodos de evaluación de inversiones, comenzando por los métodos tradicionales, muy usados en la práctica cotidiana de muchos empresarios, y que se reducen a tres: el método del reembolso, el del beneficio punta y el del beneficio neto. Los principios de

elección que se aplican en cada uno de ellos son respectivamente la recuperación de lo invertido en el tiempo deseado por el empresario, tomar el nivel de beneficios del mejor año y expresarlo como tasa de reembolso de la suma invertida y el cálculo de los beneficios medios sobre la totalidad del proyecto. Sin embargo, estos tres métodos no contemplan la distinta duración de los proyectos, los posibles reinversiones ni la diferente estructura temporal de los beneficios.

El segundo capítulo está dedicado a las técnicas de descuento que toman como punto de partida el Valor Actual Neto y la Tasa Interna de Rentabilidad. Tras exponer los fundamentos de ambos métodos, los autores analizan su significado económico. El VAN del proyecto debe interpretarse como "el valor actual del excedente que la empresa obtiene sobre y por encima del que lograría mediante la inversión marginal". Por su parte la T.I.R. es "la tasa de rentabilidad que se gana sobre el capital empleado, mientras esté empleado, tras permitir el reembolso parcial de la inversión inicial.

En el capítulo III analizan la existencia de raíces múltiples a la hora de calcular la TIR y la elección de aquella que sea económicamente más significativa. Las dificultades que surgen con la aparición del capital negativo han creado serias reservas para la utilización del método basado en la TIR, puesto que la aparición del mismo supone la existencia de Raíces múltiples de la TIR o bien una sola raíz económicamente no significativa. Por tanto, concluyen los autores, en este caso el método no nos sirve, a no ser que sea convenientemente modificado. Esta modificación consiste en descontar los cash-flow al coste del capital de la empresa (y no al tipo de rentabilidad del proyecto) hasta que se compensen mediante cash-flow positivos, es decir, hasta que la deducción de los cash-flow positivos produzcan, invertidos a la tasa marginal de la empresa, lo justo

para compensar cualquier pérdida. Ante decisiones del tipo aceptación rechazo ambos métodos darán idénticos resultados, no así si se trata de decisiones mutuamente excluyentes en cuyo caso la elección dependerá del riesgo del proyecto. En decisiones de clasificación ambos métodos resultan insuficientes en su versión usual.

Finalmente al describir brevemente otros métodos como el del valor final Neto y del Valor anual.

El segundo apartado de esta obra lo constituye el tema de la elección de la tasa de descuento o el coste del capital, al que se dedica el capítulo IV. El coste del capital debe considerarse como un promedio ponderado de los costes de todas las fuentes financieras que se utilizan por la empresa y debe reflejar los aspectos de usar una fuente particular de fondos frente a otras posibles. Entre las fuentes de financiación que analizan está el capital a interés fijo, el de acciones de antiguos accionistas, el de nuevos accionistas y los beneficios no distribuidos y provisiones para depreciación. La utilización de una u otra fuente debe tener en cuenta los efectos de trasvase que el aumento de la cantidad de una fuente de fondos puede tener en los precios de los otros.

La obtención de la combinación óptima de capital teniendo en cuenta el efecto del apalancamiento, es decir, el incremento de la proporción de capital a interés fijo en una compañía, será aquella que minimiza el coste medio del capital y la empresa seguirá pidiendo fondos hasta que alcance ese punto en el cual el coste marginal de los mismos igualará con la tasa marginal de rentabilidad al que pueden ser invertidos.

A continuación se expone la tesis sostenida por Modigliani y Miller quienes opinan, que, al menos en niveles aceptables de apalancamiento la proporción entre las distintas fuentes de financiación no afecta al coste del capital y por tanto el coste medio es constante e igual al marginal en ese intervalo.

El tercer apartado incluye una serie de problemas tratados convencional y esquemáticamente como son las limitaciones o racionamiento del capital y los problemas y del riesgo y la incertidumbre a la hora de establecer los resultados probables o inciertos de la puesta en práctica de un proyecto determinado.

Los autores dejan claro la necesidad de disponer de un criterio de inversión adecuado en cada caso. Por otra parte el desarrollo de las técnicas cuantitativas relacionadas con los problemas de riesgo, incertidumbre e interdependencia de proyectos hacen necesario un estudio serio de los diferentes métodos de evaluación de inversiones, aunque, en definitiva, las diferencias entre unos y otros sean más de matiz que de fondo.

M. Angel BALLABRIGA ENCONTRA

La crisis de la economía keynesiana,
J.R. HICKS, Editorial Labor, Barcelona. 1976, 132 pp.

La publicación de las tres Yrjö Jahnsson Lectures que John Hicks pronunció en Helsinki en 1973 tiene un objetivo ambicioso, que engarza con otras anteriores del mismo autor, sobre todo con su *Capital and Growth* y con *Contribution to the Theory of Trade Cycle*, de 1956 y 1950, respectivamente. Se trata de un paso más en la labor de reelaboración de la *Teoría General de Keynes*, que inició el propio Hicks con su resección de la obra keynesiana a poco de su publicación, y que intenta ser no sólo una profundización en el pensamiento de Keynes, sino también una adaptación del mismo a los problemas y desarrollos recientes. Hicks, que muestra muy poco aprecio por otras formulaciones de Keynes (desde la de Patinkin hasta las de Friedman, Clower y otros), no cabe duda de que ha conseguido con estas conferencias ganarse un puesto en las listas bibliográficas sobre las

reinterpretaciones de Keynes. No se trata de una re-evaluación global, como la de Leijonhufvud (que, sin duda, no es compartida por Hicks), sino de aportaciones parciales, que no pueden entenderse bien, por lo comprimido del tratamiento, sin referencia a las obras anteriores citadas. Otra cosa es que Hicks acierte en su reinterpretación de Keynes, que lo que él afirma sea lo que Keynes defendería hoy, o que sus tesis no carezcan de puntos débiles importantes, de los que nos ocuparemos más adelante. Pero dejemos de lado afirmaciones harto discutibles —como la de que el tercer cuarto de siglo se puede calificar de “la época de Keynes” como el segundo fue la de Hitler (pág. 9)—, e intentemos desbrozar su pensamiento: un intento de generalizar a Keynes, de corregirlo, y de adaptarlo a los problemas y circunstancias que, imprevisibles en 1936, no podían tener cabida en la *Teoría General*.

El tema del capítulo primero es la cuestión de si se puede confirmar en un aumento de la demanda (del gasto público o de la inversión autónoma) como medio para salir de una depresión, tal como Keynes sostuvo, supuesta la estabilidad de salarios (cuyo tratamiento se relega al tercer capítulo). La conclusión hicksiana es pesimista. El multiplicador es un proceso lento, terriblemente lento, porque es un proceso de ajuste de stocks, que lleva consigo una cadena de decisiones de inversión, todas ellas sujetas a interrogantes y aleatoriedades que pueden hacer fracasar al mecanismo “keynesiano” de recuperación en una depresión profunda. No sólo es un proceso lento, sino de resultados inseguros, que puede conducir a incrementos de inversión menores que el inicial, por el mecanismo de formación de decisiones sobre stocks (y aún puede tener un resultado nulo), lo mismo que, a través de la actuación del “supermultiplicador” de su *Trade Cycle*, puede llevar a procesos expansivos desestabilizadores

y a fluctuaciones de stocks como las descritas en su obra de 1950. Y puede exigir, supuesto que haya una amplia gama de stocks considerados como “normales” por las empresas, unos incrementos de inversión autónoma excesivamente grandes como para permitir una salida fácil de la depresión.

No está de más este énfasis en el papel de los stocks, que Keynes minimizó al hacer del multiplicador un mecanismo instantáneo. Con todo, si la interpretación de Leijonhufvud es correcta, el propio Keynes reconoció que el proceso de multiplicador será, probablemente, lento, salvo en algunas circunstancias muy concretas, que, según Hicks, pudieron ser las de la depresión de los años 30: una situación de stocks inferiores a los normales, en que las ideas keynesianas serían válidas. No obstante, Hicks pretende dar mayor generalidad a la propuesta de Keynes, y, en esto, parece atacar más a los postkeynesianos (los “fiscalistas” a que se refiere en el capítulo segundo) que al que fue cabeza de su escuela. Es más dudosa la aportación de Hicks en otros aspectos: p. ej., en cuanto a la fundamentación del por qué de la existencia de stocks (en lo que el recurso a *Capital and Growth* no es una salida, que debe buscarse, por el contrario, en la consideración de los costes de información y de ajuste, como hiciera Alchian), como también es discutible —y, de hecho, discutida es la literatura— la explicación de los ciclos de la obra hicksiana de 1950, que él reivindica en esta primera conferencia.

El resumen dado antes vale para una economía cerrada, y también para una economía abierta con tipos de cambio fijos. Hemos dicho que el intento de Hicks es una generalización de Keynes: ahí está, en efecto, el papel central del ajuste de stocks, también como explicación del fenómeno de la balanza de pagos. Con tipos fijos, el stock relevante, que puede frenar la salida de una depresión será el de reservas de oro y divisas del país de que

se trate. Como digno sucesor de Keynes, tampoco se encuentra en Hicks una visión de la economía mundial como un todo. Ni siquiera sus *Essays in World Economics* (1959) consiguen abandonar esa visión de un país que se enfrenta a una economía exterior inexplicada. Pero volvamos a la consideración de una economía abierta, ahora con tipos de cambios flexibles. Al hacerlo, Hicks se remonta a su teoría de los mercados de precios fijos y flexibles contenida en *Capital and Growth*. En un mercado de precios fijos (*fix-price market*) las causas de variación de los precios están fuera del modelo; los excesos de oferta y demanda no repercutirán en dichos precios, que se fijarán por los productores de espaldas a la situación del mercado. Por el contrario, en un mercado de precios flexibles (*flexprice market*), especulativo, la oferta y la demanda se igualan en cada período (“período elemental” o *single period*, lo llamó en 1965): a estos mercados se aplica la teoría convencional. Pues bien: incluso los mercados especulativos responden a un proceso de ajuste de stocks, si bien éste se lleva a cabo ahora en un plazo muy breve, inferior al “período elemental”. Supuesto que haya un stock considerado como “normal” por los empresarios en un momento dado, sólo si los stocks poseídos son inferiores a los normales (en definitiva, si se espera una elevación de precios) llegará a tener efectos expansionistas un aumento de la inversión autónoma. Pero es bastante difícil que esto ocurra: porque Hicks parte del supuesto de formación de precios por un “mark up” sobre los costes normales, éstos se reducirán más despacio que los costes reales en una depresión, y, en definitiva, la condición de que, en un mercado de precios flexibles, la demanda expansionada genere un aumento de producción, puede no darse en una depresión.

Llegamos así a lo que parece ser la tesis del capítulo primero: hay muchos motivos para dudar de la eficacia de

una política expansiva, que confíe en el multiplicador para salir de una depresión. Porque 1) en una economía cerrada el multiplicador será lento, fluctuante, impreciso y, a veces, de efectos nulos; 2) en una economía abierta con tipos fijos, todo depende de la disponibilidad de reservas (y de la capacidad de la economía para regenerarlas); y 3) en una economía con tipos flexibles (que harán de los precios exteriores precios flexibles) no es fácil que la condición para la eficacia de multiplicador (que los precios existentes sean iguales a los normales) se cumpla. De ahí su conclusión pesimista. Pero esta conclusión se basa en un numeroso grupo de supuestos o de argumentos que, cuando menos, se pueden calificar de inadecuados. En primer lugar, el de formación de precios por “mark up”, que parece más una regla descriptiva que una explicación teórica de cómo se forman los precios. Pero, sobre todo, su concepto de mercado de precios fijos, basado en un supuesto que, a la larga, es meramente institucional e inexplicado, se contradice con los hechos (sobre todo bajo expectativas inflacionistas) y no se compagina con los hallazgos de la “nueva microeconomía”. Y ello porque aplica un modelo estático (la fijación aislada de los precios en un mercado en un “período elemental” que, por definición, es breve) a un problema dinámico de formación de precios, con retardos en el proceso de información y ajuste.

El tema del segundo capítulo es el de la eficacia de la política monetaria, como arma expansiva (como veremos más adelante, dicha política no es contemplada como instrumento antiinflacionista). Hicks une su voz a los ya numerosos keynesianos que han reivindicado para su maestro la condición de teórico monetario, frente a la interpretación “fiscalista”. Pero, acudiendo a la evidencia, Hicks desplaza la atención que Keynes prestó al tipo de interés a largo plazo, como clave de la política monetaria, hacia otros vínculos entre

la inversión y la masa monetaria: "otros aspectos del sistema financiero —otras tasas de interés y otras condiciones del préstamo—" (pág. 39). Nótese que no se aleja de la línea convencional keynesiana, de considerar un único vínculo entre la cantidad de dinero y el gasto agregado, el tipo de interés, pero ahora ampliado a una gama de tipos y a otros factores, como las condiciones de disponibilidad de préstamos (cuya relevancia ha sido discutida recientemente). Hicks se pregunta por qué puso Keynes tanto énfasis en el tipo de interés a largo plazo, y responde que, inmersos en una depresión duradera, una política monetaria expansiva no conseguirá reducir ese tipo a largo plazo sino con gran retardo, una vez que se haya desplazado toda la gama de tipos de interés. Ello le lleva a ampliar la consideración de la preferencia por la liquidez en Keynes: el énfasis de éste en el motivo especulación se debió a la particular estructura de su gama de activos (dinero y bonos exclusivamente). Cuando la cartera se amplía (como buen keynesiano, no más allá de los activos financieros, lo cual no deja de ser una limitación), la demanda especulativa pierde importancia, y se ve sustituida por la teoría de la selección de cartera, que el propio Hicks contribuyó decisivamente a formar en sus *Critical Essays in Monetary Theory*. No obstante, en este segundo capítulo va algo más allá de su propia teoría de la selección de cartera, al introducir la necesidad de liquidez en la misma, como elemento que dé flexibilidad a la gama de activos en condiciones de incertidumbre. La teoría de la selección que incorpore la liquidez será distinta de la teoría anterior.

Una gama de activos más amplia implica un espectro de tipos de interés, del muy corto al largo plazo: la teoría del cambio en "el" tipo de interés, presente en Keynes, se ve reemplazada por una teoría de la estructura de los tipos de interés. Y al llegar a este mundo es cuando Hicks se plantea

si estos cambios teóricos hacen de la política monetaria un instrumento más efectivo de lo que Keynes pensaba. La clave —y no podría ser de otro modo, conocida su teoría sobre la estructura de los tipos de interés— está en la situación de liquidez de los distintos sujetos. El financiero profesional presentará una composición de activos bastante líquida, pero ¿y las empresas? Hicks distingue en ellas entre activos de funcionamiento (muy ligados a la producción corriente, de la que son un input más) y activos de reserva, que se conservan —en su óptica— como medio para conseguir una liquidez adecuada. Al llegar a este punto, Hicks clasifica las empresas en dos sectores: el que llama "autónomo", que es autosuficiente en cuanto a reservas de liquidez, y el "de giro en descubierto", que deberá recurrir al crédito bancario para satisfacer las necesidades de liquidez. La política monetaria en un sector autónomo es ampliamente conocida: un aumento de la masa monetaria reducirá el tipo de interés (o mejor, la gama de éstos), y alentará la inversión: pero ésta supone una detracción de activos líquidos de la empresa, lo cual puede suponer un freno a la misma inversión, porque, habitualmente, una política monetaria expansiva vendrá en momentos de falta de liquidez, con lo que la mayor masa monetaria se dedicará primero a reponer la liquidez insuficiente, y sólo más tarde alentar la inversión. Pero, por otro lado, la elevación del precio de los bonos que la expansión monetaria traerá consigo aumentará la reserva de liquidez de la empresa, supuesto que los activos financieros poseídos sean sensibles al tipo de interés. Pero el impacto expansivo de este segundo efecto será, probablemente, reducido: porque los activos sensibles al interés son a largo plazo, y el tipo a largo plazo no se reducirá mientras la especulación (en la línea de Keynes) actúe a la contra, en tanto que si los activos financieros poseídos son a corto, el efecto de la

reducción del tipo de interés sobre la liquidez de la empresa será muy limitado, no actuando como factor expansivo.

En cuanto al sector de giro en descubierto, la eficacia de la política monetaria vendrá garantizada, pues ese sector será, probablemente, sensible al tipo de interés (salva siempre la cuestión de la disponibilidad del crédito, ya aludida). Con ello se traslada el problema al sector bancario, cuya estructura, en principio, es bastante autónoma, aunque goza de un acceso a la financiación por el Banco Central que, en mayor o menor medida, lo hace similar al sector de giro en descubierto. Concluye, pues, Hicks que la eficacia de la política monetaria se verá limitada sólo en el sector autónomo (que él centra, principalmente, en las grandes empresas). Como siempre, las ideas de los grandes economistas —y Hicks es uno de ellos, sin lugar a dudas— abren campo a numerosas investigaciones colaterales, exigiendo estudios adicionales. Las precisiones de Hicks sobre la liquidez empresarial son interesantes, aunque no dejan de estar sometidas a limitaciones: la distinción drástica entre un sector autónomo y otro de giro en descubierto no debe extremarse, porque ambos están conectados. De hecho, incluso las empresas “autónomas” acuden al crédito bancario para su financiación corriente; y siempre cabe la posibilidad de entrar crecientemente en el sector de giro en descubierto cuando las tensiones de liquidez internas lo requieran, lo cual vendrá posibilitado, precisamente, por la política monetaria expansiva. De ahí que, probablemente, haya que considerar ambos sectores como sucesivos o complementarios, más que como competitivos, con lo que las conclusiones sobre la eficacia de la política monetaria serán, probablemente, más optimistas de lo que Hicks afirma (sin necesidad de recurrir a mecanismos directos de la oferta monetaria al gasto agregado —no sólo en inversión— que, como

indicamos, Hicks omite). En todo caso, este segundo capítulo ofrece numerosas ideas interesantes para el teórico monetario.

Pero los activos financieros son más o menos líquidos según sea la marcha de la inflación: el dinero pierde su condición de activo líquido (convertible fácilmente sin pérdida) en un contexto inflacionista. De ahí que Hicks se plantease, en el capítulo tercero, otra gran cuestión que viene a completar —en su óptica— el pensamiento keynesiano, y que en 1936 parecía imprevisible: ¿cuál es la incidencia de la inflación en el esquema teórico de Keynes?

Este tema lleva a Hicks a entrar en la teoría del mercado de trabajo pues, en su óptica, basada en la formación de precios por “mark up”, sólo un aumento de salarios podrá provocar la inflación. En Keynes no había una teoría de la formación del precio del factor trabajo: el “teorema de los salarios” que está en la base de la *Teoría General* supone que un aumento generalizado y uniforme de los mismos provocará un aumento de los precios, sin más efectos (supuesta siempre una política monetaria permisiva, que Hicks defiende como algo inevitable). Con ello no quería decir Keynes que los salarios sólo se elevan en el pleno empleo (como las versiones postkeynesianas de la primera hora hicieron pensar), sino simplemente que los salarios no se elevan antes del pleno empleo por excesos de demanda, lo cual no excluye otros factores, que Keynes no analizó: esto es lo que ocupa el interés de Hicks en esta tercera conferencia.

Empieza haciendo referencia a tres posibles teorías sobre la formación de los salarios. La primera sería exógena: los salarios suben por causas extraeconómicas. Tras rechazarla, Hicks analiza la segunda: los salarios se forman en el mercado de trabajo, y la regla de su aumento vendría dada por la curva de Phillips, que Hicks explica por la aparición de escaseces en tipos concretos de trabajo, conforme la expansión

avanza. También rechaza Hicks esta versión, aunque incurre, al hacerlo, en errores no despreciables. En primer lugar, porque la teoría de la formación de los salarios en el mercado de trabajo no se basa, precisamente, en las tesis de los estrangulamientos, por lo menos en las versiones más modernas, que Hicks ignora. En segundo lugar, porque Hicks yerra en la determinación del sentido de causalidad en la curva de Phillips, por lo menos cuando ésta se adapta al enfoque expectativas y se explica como hacen la "nueva microeconomía" o los monetaristas. Y, en tercer lugar, porque la curva de Phillips no exige un mercado de trabajo competitivo "de libro de texto" (como decía en su "What Is Wrong with Monetarism", *Lloyds Bank Review*, 1975), sino que se basa más bien en factores tan alejados de la competencia perfecta como son los de costes de información y ajuste.

Dejando de lado estas cuestiones, la tercera teoría sobre la información de los salarios que Hicks explica sucintamente es la suya: ni exógena, ni fruto de presiones de la demanda. Esta teoría se remonta a obras anteriores, como la segunda edición de su *Theory of Wages* y sus *Essays in World Economics*; con todo, es aquí donde queda más claramente reflejada. Los salarios entran en la categoría de precios fijos, lo que implica que se determinan por factores económicos pero fuera del mercado, desconectados de la oferta y demanda de trabajo. Para justificarlo, Hicks supone que la relación laboral es una relación estable, y que ésta no se dará si no se adhieren las partes interesadas a un criterio de "salario justo". Cuando este criterio se pone en entredicho —como, según él, ha ocurrido en las últimas décadas—, el sistema pierde su estabilidad y se cae en la inflación permanente. No cabe duda de que la tesis es, descriptivamente, atractiva: otra cosa es que su sustrato teórico sea suficiente. Porque los factores que hacen que un salario sea justo —o, si

no lo es, que se revise—, como son la tasa de aumento de los salarios relativos, la tasa de aceleración de los mismos, la tasa de aceleración de los salarios absolutos y la tasa de inflación, no son ajenos a cuestiones de oferta y demanda. Y porque la razón que él da de que no hay stocks en el mercado de trabajo no parece compatible con la existencia de unas relaciones estables en el mismo.

En todo caso, la desconexión del salario respecto de la oferta y la demanda está mal planteada en Hicks, como lo estaba su concepto de precios fijos, porque, supuesta la existencia de costes de información y ajuste, el mercado de trabajo será un mercado de desequilibrio, que necesitará una función de fijación de salarios en condiciones de desequilibrio (que Hicks omite, haciendo "institucional" o "social" la causa de la estabilidad de los salarios, cuando debería atribuir-la a dichos costes de información y ajuste). En este sentido, las aportaciones monetaristas y de la "nueva microeconomía" arrojan mucha más luz sobre el fenómeno que las ideas vagas de Hicks. En cierto modo, en la primera edición de su *Theory of Wages* (1932), nuestro autor dio con la idea exacta: el concepto de salario justo es como una regla práctica para hablar de factores de oferta y demanda, aunque con retardos; en sus obras posteriores, esta apreciación ha sido definitivamente arrinconada.

Dejando de lado esta cuestión, Hicks se pregunta seguidamente si, en una situación de paro con inflación como la reciente, se puede usar la política monetaria y fiscal expansiva para combatir el desempleo sin agravar la inflación. En este orden de cosas, cita tres versiones de los hechos. Según la primera (la del Keynes antiguo o mal interpretado), la inflación no se producirá mientras no alcancemos el pleno empleo: esas políticas son, pues, válidas (o, con otro cariz, la inflación es un fenómeno exógeno, que no depen-

derá de esas políticas). Hicks la rechaza, argumentando la importancia de la inflación, en términos de la reducción del uso del dinero y de los costes de transacción que el cambio de precios provocará. La segunda teoría es la versión "ingenua" de la curva de Phillips: esas políticas son rechazables, porque toda reducción de paro provocará inflación adicional. Hicks no la comparte, porque piensa que caben aumentos selectivos de demanda en sectores con paro, sin, consiguientemente, peligro de inflación. La tercera versión es la suya: en una economía cerrada, los precios fijos no aumentarán, por definición, si se producen excesos de demanda, en tanto que los precios flexibles lo harán (y, al formar parte de los costes normales en mercados de precios fijos, también elevarán éstos), pero dado el predominio —implícito en la obra— de los mercados de precios fijos, la conclusión de Hicks es, en lo que cabe, optimista. En cuanto a una economía abierta, si carece de reservas se comportará como una economía cerrada; si las tiene y los tipos de cambio son fijos, los precios no tendrán por qué elevarse a consecuencia de los excesos de demanda, con lo que la política expansiva será favorable. Solo en una economía abierta con tipos flexibles (o lo que tenga que recurrir a la devaluación), la política indicada será contraproducente. Implícitamente, Hicks se está pronunciando en contra de la flexibilidad de los tipos de cambio, en contra de la devaluación, a favor de la rigidez institucional de los precios (si bien reconoce sus efectos perniciosos sobre la asignación de recursos) y a favor de una versión de la inflación que, por lo menos para Gran Bretaña, cabría atribuir a la subida de precios en el exterior. Las observaciones hechas antes sobre los mercados de precios fijos, sobre la necesidad de un modelo de desequilibrio para explicarlos (así como a los salarios), etc., nos eximen de nuevos comentarios sobre estas conclusiones.

La edición castellana de *The Crisis in Keynesian Economics*, bastante deficiente en la traducción, se completa con dos artículos adicionales, que se separan de los temas que constituyen el cuerpo central del libro. Este, indudablemente, resultará interesante para el lector crítico: hay numerosas ideas brillantes en Hicks, que merecerán nuevos estudios; se encuentra en él un complemento a sus obras anteriores, y deberá ser considerado en las discusiones sobre lo que Keynes decía y lo que Keynes dirían en nuestros días. Lo condensado de los argumentos hace difícil seguirlos con facilidad, sin la ayuda de una "guía", que, en definitiva, hemos pretendido dar aquí.

Antonio ARGANDOÑA

Capital, inflación y empresas multinacionales, CH. LEVINSON, Colección Demos, Editorial Ariel, Barcelona, 1976.

Del mismo modo que en los años treinta empezó a crecer el escepticismo en el campo de la teoría económica convencional sobre la validez del modelo neoclásico, ante el divorcio entre las conclusiones óptimas que del mismo se derivaban sobre la capacidad de la economía de autodirigirse hacia una situación de equilibrio con pleno empleo, y la realidad del paro y de la depresión económica, también en la actualidad empieza a extenderse la idea de si la época keynesiana no habrá tocado a su fin ante el evidente fracaso, tanto de las políticas fiscales como monetarias, de frenar los cada vez mayores ritmos de inflación y de disminuir los importantes niveles de desempleo que existen en el mundo occidental.

El libro de Levinson, economista británico y secretario general de la Federación Internacional de Sindicatos Obreros de la Industria Química, es un elemento de gran interés para la crítica de la macroeconomía actual.

No se trata propiamente de un libro teórico aunque hayan importantes reflexiones teóricas en el mismo, sino más bien de una rica e importante masa de información sobre el fenómeno de las empresas multinacionales, y su relación con los procesos de innovación tecnológica, de inversión de capital, de desempleo y de inflación.

El autor trata de mostrar que en los últimos decenios se han producido cambios estructurales de tal magnitud en el mundo de la industria y las finanzas que las premisas en las que descansa la teoría keynesiana por lo que hace al sistema de competencia ya no son válidas y tampoco lo son por lo tanto sus proposiciones sobre formaciones de los precios y sobre la función de inversión.

Según el autor la superconcentración ha alcanzado un punto tal en los principales sectores de la economía que ya no es aplicable la noción de competencia, ni tan solo a lo Joan Robinson. Los precios han pasado a gestionarse de forma colectiva y la competencia se realiza por otros canales como publicidad, calidad, integración de producción y distribución, etc.

Las transformaciones más importantes tendrían lugar en las denominadas industrias modernas. La electrónica, el petróleo, la química, los plásticos, los productos farmacéuticos y ciertos sectores de la industria metalúrgica, están experimentando una fuerte expansión en la que juega un papel determinante la ciencia y la tecnología, mientras que en sectores como la agricultura, los textiles, la confección, los muebles, la construcción, etc, existen en comparación un relativo estancamiento.

El autor ilustra los niveles de concentración que están experimentando los sectores modernos con datos correspondientes a los EE.UU. donde, en una serie de industrias, las cuatro mayores empresas controlan más del 80% del mercado. Por otra parte se calcula que entre 1000 y 2000 empresas representan más del 75% de la producción

industrial del mundo occidental y menos de 200 empresas norteamericanas poseen más del 60% del capital del país. Además cada día es mayor el número de asociaciones empresariales y vínculos de todo tipo entre los gigantes de la industria.

La consecuencia de esta situación y de la disociación cada vez más marcada entre los sectores moderno y tradicional es que las políticas macroeconómicas del gobierno ven limitados sus efectos al sector tradicional, marginal, sin lograr incidir en el sector expansivo. De allí que la capacidad de intervención de tales políticas depende de la composición de la economía en cuanto a los dos sectores. A mayor importancia relativa del sector con predominio de capital, menor es el poder de las políticas macroeconómicas para incidir en los problemas de comercio exterior, inflación y empleo a los que se ven enfrentados actualmente los países industrializados.

Así, por ejemplo, una política de rentas para frenar la inflación no tendrá los efectos deseados pues ante el descenso de las rentas lo que harán las empresas para asegurarse liquidez es aumentar los precios contrariamente a lo que supone la ortodoxia. Por otra parte, las grandes empresas están en condiciones de eludir las restricciones de oferta monetaria utilizando fuentes internacionales como eurodólares, eurobonos o empréstitos de transferencia de filiales en el extranjero.

Tampoco responde a lo previsto por la teoría, según Levinson, el comportamiento de las grandes empresas en lo referente a la inversión.

Los proyectos de inversión de las grandes empresas, estrechamente relacionados con vastos programas de investigación, no parecen verse afectados ni por la fase del ciclo económico ni por el tipo de interés. "Contrariamente a los dogmas de la teoría económica, los descensos modestos de las rentas no sirven de palanca para cotas más bajas de los planes de inversión. Ni

tampoco los desalientas seriamente los tipos de interés más altos y los impuestos estatales. Las perspectivas a largo plazo de los mercados y ventas nutren los gastos de capital hoy día y dominan a otros factores de producción". Incluso parece que muchos de los planes de expansión de estas empresas en la forma de absorciones, fusiones, creación de cadenas de distribución en otros países, reestructura de la producción, transferencia de activos desde operaciones menos rentables, etc., se realizan mejor en las épocas de baja actividad cuando las empresas a absorber andan escasas de capital.

El autor dedica el capítulo más extenso de la obra a tratar del advenimiento del multinacionalismo, principal característica de la gran empresa moderna. Según el autor, hacia 1975 cerca del 35% de la producción mundial no norteamericana correspondería a filiales de este país. Otro dato significativo es que las ventas de las filiales extranjeras en todo el mundo son ya superiores en más de 100.000 millones de dólares al total de las exportaciones mundiales. La importancia de este fenómeno confiere una significación totalmente distinta de la tradicional al comercio internacional. Para los países más industrializados que invierten mucho en el extranjero las balanzas comerciales irán siendo cada vez más deficitarias, déficit que se ve compensado por las entradas por dividendos e intereses. Las exportaciones de mercancías se ven parcialmente sustituidos por exportaciones de tecnología y por inversiones directas en el extranjero.

El autor aporta una serie de datos que muestran la importancia de las inversiones extranjeras en los principales países industrializados cada uno de los cuales a su vez realiza importantes inversiones directas en el extranjero a través de sus propias multinacionales si bien el papel dominante corresponde al capital americano. La dimensión que está alcanzando el fenómeno de la multinacionalidad está creando una

verdadera economía global a nivel internacional. La dinámica de este proceso además de manifestarse en la extensión de la empresa multinacional está produciendo actualmente nuevas formas de cooperación en la forma de asociaciones empresariales. Vinculaciones de este tipo se han producido por ejemplo con Dunlop-Pirelli, Solvay-Laporte, Fiat-Citroen, etc. Paralelamente se está produciendo un fenómeno similar en la banca con el crecimiento de la banca multinacional. Finalmente se está produciendo también un proceso de vinculación de las empresas multinacionales y de la banca multinacional.

El poder que estos negocios multinacionales están concentrando es tal, señala el autor, que la nación-estado puede difícilmente controlar su propia economía. Su gran movilidad geográfica, no estando sujeta a ningún límite territorial confiere a la empresa multinacional una gran capacidad para eludir las políticas económicas de los estados guiándose por sus propias opciones globales.

Una característica del sector moderno de la economía, controlado por las grandes empresas multinacionales, es la importancia de la continua innovación tecnológica. Las grandes empresas destinan importantísimas sumas a investigación y desarrollo. En Gran Bretaña las sumas destinadas a esta actividad durante el año 1963, representaron el 18,4% de la producción en la industria electrónica, y el 4,5% en el resto de la industria eléctrica. En la industria química el porcentaje fue de 6,4. Tales masas de recursos destinados a investigaciones exigen a su vez para materializar los resultados obtenidos enormes volúmenes de capital en nuevas inversiones. En relación a la motivación de la inversión se ha producido según el autor un cambio muy importante en el comportamiento de las empresas. Lo que interesa a la gran empresa moderna no es la maximización de beneficios sino de la rentabilidad interna del capital medido en términos de "cash-flow"

El "cash-flow" es el que muestra la verdadera potencia financiera de la empresa y su capacidad de autofinanciación. Hasta el punto que los dividendos llegan casi a considerarse como un coste. Los costosísimos programas de inversión de las grandes empresas se realizan en su mayor parte mediante autofinanciación recurriendo al "cash-flow" que a su vez se alimenta con tasas muy elevadas de depreciación además de los beneficios retenidos. Las grandes empresas llegan a ser sus propios banqueros lo que es un elemento a tener en cuenta al considerar la posible eficacia de las políticas monetarias de los gobiernos.

Esta urgente necesidad de cash-flow que experimenta la industria moderna para financiar sus programas de inversión junto con su poder de control de los mercados hace que ante una disminución del volumen de negocios "en vez de rebajar los precios para fomentar las ventas y restaurar los ingresos, como proponen los libros de texto, la pérdida de ingresos se compensa mediante ajustes de precios hacia arriba".

Es interesante señalar, en relación con este fenómeno la penetración que demuestra al autor de los fenómenos económicos contemporáneos al prever las importantes subidas del petróleo que tendrían lugar en los años 70. Los precios suben en definitiva si existe poder de fijación de los mismos. Los países productores toman conciencia de esta realidad y estructuran a través de la OPEP dicho poder. Por su parte las compañías petrolíferas con crecientes necesidades de capital utilizarán los incrementos del precio del petróleo en origen para "justificar aumentos exorbitantes de precios destinados a crecer el "cash-flow" de las sociedades y alimentar sus inversiones, no sólo en el petróleo sino también en productos químicos, hoteles, operaciones inmobiliarias, y así sucesivamente".

Este control sobre los precios es según el autor el origen de la "estancación" característica de las crisis

actuales, fenómeno que se ve agravado por el hecho de que las importantes inversiones que se realizan tienen como objeto principalmente la sustitución de mano de obra por capital y no el aumento de capacidad. Ello da lugar a un importante desempleo estructural, al mismo tiempo que invalidan las ecuaciones keynesianas básicas que suponían que "la demanda total de bienes de capital y de consumo afectaban, de forma directa y lineal, al gasto y a la producción" es decir que "la demanda agregada o subía o bajaba según el movimiento paralelo de la inversión y el consumo". Lo que ocurre en cambio es que como las inversiones tecnológicas tienen como finalidad sustituir mano de obra, se acaba por rebajar el empleo. Por lo tanto, opina Levinson, un incremento de la inversión con elevado contenido tecnológico puede tener el efecto de rebajar la demanda agregada. A este respecto considera que la "Curva de Phillips" desconoce en gran medida el desempleo estructural y la función de desplazamiento tecnológico de la inversión moderna.

En resumen, la tesis central del autor es que la explicación de la inflación no hay que buscarla ni en el "estirón de la demanda" ni en el "empuje de los costes", sino en el poder de establecimiento de precios que existen en amplios sectores expansivos de la economía donde se dan verdaderas condiciones de monopolio junto con la inelasticidad de la demanda de la mayoría de los productos de dichas industrias.

El libro consta asimismo de un epílogo y de varios apéndices informativos sobre el capital extranjero en la formación y desarrollo del capitalismo español. Después de una rápida visión histórica a partir de la segunda mitad del s. XIX, se analiza con más detalle el nuevo proceso de apertura exterior de los últimos años y la importancia de las inversiones extranjeras actuales así como la penetración de las multinacionales en España. El estudio va acompañado de una serie de relaciones indi-

vidualizados de empresas que permiten ver las conexiones entre las principales empresas multinacionales y las empresas españolas.

Se trata en definitiva de un libro de indudable interés por la cantidad de información que aporta sobre las tendencias de evolución de la gran industria moderna a nivel mundial y especialmente sugestivo por los elementos de reflexión que plantea en relación a los grandes fenómenos de la inflación y el desempleo y la interpretación que de los mismos da la teoría económica actual.

Alicia ARRUFAT JULIAN

El hombre y la economía. ROBERT MUNDELL, Amorroutu editores, Buenos Aires, 1972, 179 pp.

Este libro del profesor Mundell puede catalogarse perfectamente dentro del marco de obras cuyo objetivo básico es la divulgación de determinados conceptos teóricos del análisis económico.

La dificultad con que se tropieza en la elaboración de obras de esta naturaleza es obvia, puesto que por un lado, se ha de procurar mantenerse en el plano de rigor lógico que requiere todo tratamiento de conceptos teóricos y, por otro, ha de sacrificarse esto con el fin de conseguir la claridad que requiere la intencionalidad básica de la obra. De esta forma, conseguir una coordinación equilibrada de estas dos fuerzas contrapuestas no es tarea fácil.

En efecto, para el tratamiento general y profundamente riguroso de determinados conceptos económicos, tales como efecto renta y sustitución, existe un instrumental matemático complejo que permite deducir aquel con la mayor precisión posible. También en un plano menos exigente, se hace uso de determinados instrumentos geométricos que permiten poner de manifiesto el papel que desempeñan las propiedades de las curvas de indiferencia

en la elaboración de dicho concepto. Ahora bien, si el autor ha de prescindir de ambos instrumentos, sólo podrá confiar en su agudeza y en su habilidad para seleccionar determinados ejemplos que, mediante un proceso de analogías, le permitan captar y mostrar la esencia de tales conceptos sin caer en la simple vulgaridad.

No cabe duda de que el profesor Mundell no solamente posee esta habilidad, sino que mediante un equilibrado sentido pedagógico, lleva al lector de la mano a través de una serie de supuestos imaginarios que contienen toda la gama de matices necesaria para que este pueda penetrar en la esencia del concepto sin deterioro del rigor científico.

Esta obra se divide en un prólogo y tres partes. En los nueve apartados de la primera parte se elaboran los principios básicos del análisis teórico que le permitirán, apoyándose en ellos, elaborar los seis apartados de la segunda parte en donde plantea problemas tales como inflación, desempleo, depresiones etc., del sistema económico. Y, finalmente, en la tercera parte, con el título de cursos de acción, se hace un análisis del crecimiento y desarrollo del sistema.

En el prólogo, Mundell, deja bien sentado que la economía política es la ciencia de la elección. Esto le da pie para mostrar como el fenómeno económico penetra en las más diversas y contradictorias relaciones humanas. En este sentido nos dice: "Existe una economía del dinero y el comercio, de la producción y el consumo, de la distribución y el desarrollo. También existe una economía del bienestar, las costumbres, el lenguaje, la industria, la música y el arte en general. Una economía de la guerra y una economía del poder. Incluso existe una economía del amor.

Comienza el primer apartado con el análisis de la ley económica poniendo de manifiesto que éste aparece como resultado de dos fuerzas contrapuestas: necesidades y recursos. De esta forma,

la economía política se ocupa tanto del hombre como de la naturaleza y tiene sus orígenes en las ciencias psicológicas y en las ciencias físico-naturales. Del fenómeno necesidad-recurso surge el hecho de escasez relativa y, éste es el que da lugar al acto de elección base de la economía.

En el apartado segundo se estudian los conceptos de transacciones y especialización, dejando bien claro que como toda transacción es un intercambio entre dos cosas, siempre aparecerá en ella un precio implícito, no necesariamente monetario. Considera que el intercambio de regalos de los pueblos primitivos surge entre las primeras formas de comercio, pues sea cualquier la forma en que se ofrezca un regalo, acarrea siempre una obligación de retribución que viene impuesta por una presión social. Al mismo tiempo analiza el resultado de la especialización de los intercambios que resulta como consecuencia de las ventajas comparativas.

En el tercer apartado vuelve a hacer un análisis del concepto de elección pero ligándolo ahora a la idea de optimización, apareciendo de esta forma el concepto de equilibrio que es precisamente lo que caracteriza a una elección óptima. Se analiza al mismo tiempo la ley de los rendimientos decrecientes, mostrándola como una ley general y aplicable a cualquier aspecto imaginable.

En el apartado cuarto se hace el análisis del concepto efecto-precio y efecto-venta y mediante un ejemplo sencillo se muestra con claridad que estos dos aspectos no son sino el resultado de la descomposición del efecto que el cambio del precio de un bien produce en la cantidad demandada. Y, aunque se indica que por lo general ambos efectos actúan en el mismo sentido, muestra también que pueden presentarse casos en que esto no ocurra así, dando lugar con esto a la clásica clasificación de bienes en superiores, inferiores y neutrales.

En el apartado quinto se estudian

los conceptos de efectivo, liquidez y control de stock. Y con el fin de que estas ideas aparezcan con la mayor claridad, el autor acude a un ejemplo de una familia que se enfrenta con sus planes financieros.

En el apartado siguiente se analiza el papel del dinero y del oro en el sistema económico. A fin de que el lector se percate de las funciones que el dinero desempeña en el sistema, Mundell acude a evidenciar los inconvenientes de su ausencia, llegando a mostrar incluso, mediante la fórmula de combinaciones la inmensa gama de intercambios que se presentaría en una economía de trueque. Se hace también el estudio de la evolución de los diferentes tipos de dinero y el papel del patrón oro.

El concepto de inversión y tiempo se estudia en el apartado séptimo como el resultado de un proceso de elección que aparece al dividir el gasto entre consumo presente y futuro. De esta forma, la asignación de recursos actuales al consumo futuro es la esencia de la inversión. El autor sigue en la misma línea de describir estos conceptos mediante el ejemplo imaginativo de una familia consumidora que se enfrenta con el problema de tomar decisiones en torno a la distribución de su gasto.

Los dos últimos apartados de esta primera parte los dedica el autor a introducir los conceptos de mercado y equilibrio así como la idea de ajuste y competencia.

En posesión pues de estos conceptos, pasa Mundell a elaborar una segunda parte de la obra donde se hace un análisis de los principales problemas que atraviesa el sistema económico, mostrando como pueden sistematizarse y ordenarse estos mediante la aplicación de los principios básicos del análisis teórico.

En efecto, comienza esta segunda parte considerando el problema del dinero y la inflación. Para ello, parte del hecho de que si bien el precio de una mercancía concreta se determina por la oferta y la demanda en un mer-

cado, en cambio, el nivel general de precios se determina por la demanda global y la oferta global, de forma tal, que los niveles de estas fuerzas están íntimamente ligados con el sistema monetario.

De esta manera muestra los diversos tipos de inflación y deflación, así como los efectos que provocan en la redistribución de la renta entre los distintos sujetos que componen el sistema.

En la misma línea de análisis desarrolla el problema del desempleo y la depresión, partiendo de las características básicas de la gran depresión de los años veintinueve.

Ahora bien, al llegar aquí, el autor se da cuenta de que para que el lector pueda captar el desarrollo del análisis macroeconómico es necesario considerar determinados aspectos del pensamiento económico. De esta forma dedica el apartado doce, con el título de clásicos y románticos, a mostrar una visión del pensamiento clásico y keynesiano. Considera Mundell que para comprender el cambio que se produce de la tradición clásica a la romántica es necesario ver como los keynesianos invirtieron a su gusto la proposición clásica de la ley de Say: la oferta crea su propia demanda. El hecho de que esta proposición sea una ley general o no depende del sentido que se de al concepto de exceso de oferta. Pues si esta se aplica a todas las cosas incluyendo el dinero, la ley es válida en todo momento.

Con el fin de mostrar lo que los clásicos interpretaban por exceso de oferta, cita un párrafo de la obra de Jhon Stuart Mill, a quien según Mundell, Keynes considera como el representante típico del punto de vista clásico. A la vista de este párrafo, concluye Mundell que Mill entendía el exceso de oferta de todas las mercancías incluyendo al dinero. Ahora bien, Keynes que cita este mismo párrafo con objeto de atacarlo, omitió, de una forma voluntaria o involuntaria la última parte del mismo donde Mill

hace explícito su pensamiento de incluir al dinero en el exceso de oferta como una mercancía más. De esta forma, al atacar la solidez del aspecto central de la teoría clásica Keynes pudo ganar, según Mundell, "discípulos para la creencia de que había un defecto lógico fatal, una premisa absurda en el sistema clásico". Y de esta forma, sigue diciendo Mundell "en lugar de la insistencia de los clásicos en la afirmación de que la oferta crea su propia demanda, Keynes se acercó mucho a un nuevo aforismo, a saber: que la demanda crea su propia oferta. Es tan correcto decir que Keynes propagó la creencia de que la demanda encontrará su propia oferta, como afirmar que los clásicos creían que la oferta encontrará su propia demanda".

A partir de aquí el autor analiza las consecuencias que se derivan de este nuevo enfoque, indicando que si bien a corto plazo es más importante el control de la demanda, no será así a largo plazo. Y en realidad, concluye que en síntesis pueden adoptarse medidas románticas durante la depresión del sistema y clásicas durante su auge. Termina esta segunda parte haciendo un estudio de la balanza de pagos, equilibrios internos y externos y la problemática entre el dólar y el oro.

En la tercera parte hace un estudio de la dinámica del sistema planteando el funcionamiento de un sistema estacionario, y considera que el factor que hace irreal a este modelo "no es otra cosa que la herencia" que significa un cambio de circunstancias de una generación a otra.

En los dos apartados siguientes analiza los efectos de la cooperación e intercambio en el sistema económico, para terminar con un apartado que él titula efectos de la difusión y costumbres donde se estudian las relaciones de sustitución entre las costumbres y la ley, así como los aspectos positivos y negativos del desarrollo del sistema.

Termina la obra considerando la problemática en torno a la centraliza-

ción y descentralización de los sistemas, así como la dificultad de lograr un equilibrio entre estas fuerzas contradictorias.

En resumen, creemos que la obra del profesor Mundell es un poderoso auxiliar de los diversos manuales introductorios de teoría económica. En efecto, la exposición de los conceptos teóricos en estos manuales suele hacerse a través de un instrumental geométrico, aspecto este que si bien es necesario para habituar y dotar al estudiante de un instrumental que le permita posteriores estudios de estos conceptos a un nivel más riguroso, no es menos cierto que el estudiante se pierde en la consideración de ideas geométricas, no captando a veces la verdadera naturaleza de un concepto económico. La lectura pues concienzuda de esta obra de Mundell permitirá sin duda alguna, en forma amena y agradable aclararle muchas de sus confusas ideas.

Francisco PEREZ PAREJA

Keynes' Monetary Thought: A study of its development. DON PATINKIN. *History of Political Economy* 8, No: 1 (Primavera 1976). 150 páginas. También editado en forma de libro: Durham, Duke University Press, 1976.

Tras un largo período de tiempo en el que la teoría económica ortodoxa se hallaba dominada por los herederos del pensamiento de Keynes, parece haberse impuesto en los últimos años una tendencia a regresar a los orígenes de la doctrina. Se trata, en pocas palabras y usando la conocida terminología de Axel Leijonhufvud, de independizar la llamada economía keynesiana de la economía de Keynes. La publicación de las obras completas de John M. Keynes, comenzada en 1971 por la Royal Economic Society, ha contribuido en no escasa medida a este renacimiento del interés por la obra completa, y no solo la *Teoría General*, del pensador inglés.

Es en relación con la publicación de esta monumental obra como debemos entender la aparición del libro que hoy comentamos. Como su autor señala en la primera página, "la ocasión inmediata para escribir este ensayo ha sido proporcionada por la aparición de los principales escritos de Keynes sobre teoría monetaria en la edición de las *Obras Completas* de John Maynard Keynes". Las ideas que Patinkin desarrolla en este libro no son rigurosamente nuevas, y seguramente habrán llegado previamente al conocimiento del lector interesado a través de un artículo que el profesor Patinkin publicó en las páginas del *Economic Journal* un año antes que su libro, artículo en el que pueden ya encontrarse las tesis fundamentales de aquel. ("The Collected Writings of John Maynard Keynes: From the *Tract* to the *General Theory*". *Economic Journal*, junio 1975, pp. 249-271).

Patinkin estructura su libro en forma cronológica en torno a las tres obras fundamentales de Keynes en teoría monetaria: *A Tract on Monetary Reform* (1932) *A Treatise on Money* (1930) y *The General Theory of Employment, Interest and Money* (1936). Tras dos capítulos introductorios, que contienen sin embargo la formulación de la tesis fundamental del libro, el tercero estudia la evolución del pensamiento de Keynes desde la publicación de la primera de estas obras hasta la aparición del *Treatise*. Los siguientes capítulos estudian la estructura de este libro, con especial énfasis en las llamadas "ecuaciones fundamentales", a las que tanta importancia concedió su autor como base de su teoría, y una consideración de la teoría dinámica desarrollada en el *Treatise* y de las relaciones existentes entre los modelos de Keynes y Wicksell, tema este sobre el que nos extenderemos más adelante. Los capítulos siete y ocho se centran en el período de preparación de la *General Theory*. Patinkin hace aquí uso abundante de los volúmenes XIII

y XIV de las *Obras Completas*, editados por Donald Moggridge, que recogen documentos de gran interés y proporcionan valiosos datos para conocer la evolución del pensamiento de Keynes en estos importantes años de trabajo en su obra fundamental. Los tres capítulos siguientes estudian la estructura y significación de la *General Theory*. El capítulo doce se ocupa del papel jugado por Keynes y su posición doctrinal en los debates de política económica que tuvieron lugar en las décadas de 1920 y 1930. Concluye el libro con un breve capítulo sobre el impacto producido por la *General Theory* en los años que inmediatamente siguieron a su publicación. La obra se completa con una amplia bibliografía y una interesante serie de notas bibliográficas de los principales economistas en ella mencionados. (La edición en forma de libro incluye también un índice final).

Antes de pasar a profundizar en el contenido del libro del profesor Patinkin, hay que señalar que de éste se excluye casi totalmente la consideración de las ideas de Keynes en materia de teoría monetaria internacional. Y es lástima que no se haya dedicado al menos un capítulo a este tema, pues creo que un estudio definitivo de esta cuestión no existe todavía en la literatura. El estudio de temas tales como la evolución de las ideas de Keynes tras el famoso debate que sobre las reparaciones de guerra alemanas mantuvo con B. Ohlin en las páginas del *Economic Journal*, o si Keynes llegó a defender alguna vez un modelo de ajuste de la balanza de pagos en términos estrictos de lo que la moderna literatura conoce como ajuste vía renta (*absorption approach*) facilitarían en buena manera la comprensión de las ideas del economista inglés, quien, no debemos olvidarlo, siempre mostró gran interés por los problemas monetarios planteados por las relaciones económicas internacionales.

Limitado así el tema al pensamiento monetario de Keynes en el marco de

una economía cerrada, Patinkin establece pronto su tesis fundamental. Es ésta que la nota distintiva de la *General Theory* con respecto al *Treatise* radica en el papel fundamental que en aquella obra juega el volumen de producción como elemento equilibrador de la oferta y la demanda agregadas o, en otros términos, del ahorro y la inversión. La tesis de Patinkin habría, por tanto, que situarla entre las interpretaciones que consideran que existió una ruptura básica, o al menos muy significativa, en las ideas de Keynes cuando éste escribió su libro fundamental. De hecho Patinkin dedica varias páginas de su libro a tratar de encontrar el momento preciso en el que dicha ruptura pudiera haber tenido lugar al comienzo de la década de 1930. Y señala como en una carta a R. Kahn escrita en septiembre de 1931 —año, no lo olvidemos, de la publicación del famoso artículo de Kahn “The Relation of Home Investment to Unemployment”, que desarrolla por vez primera una teoría sistemática del multiplicador— Keynes argumentaba ya en términos del efecto equilibrador de los cambios del volumen de producción. Frente a esta característica diferencial, Patinkin encuentra dos rasgos comunes a la temática de las obras fundamentales de Keynes. Son estas el interés por el problema del paro y la falta de preocupación por el problema del crecimiento económico, pues el crecimiento parece ser en ellas considerado como un proceso que habría de desarrollarse normalmente una vez establecidas las bases adecuadas de una economía de mercado.

La tesis fundamental de Patinkin parece precisar de algunas matizaciones. Considerar que Keynes cambia totalmente las bases de su argumentación por el mero hecho de introducir en la *General Theory* el volumen de producción como mecanismo equilibrador es una postura en exceso radical. Por una parte implica la existencia de una solución de continuidad en la evolución

del pensamiento del economista de Cambridge, hoy puesta en duda por diversos estudiosos de su obra. Y, en segundo lugar, obliga a Patinkin a encontrar también una ruptura en las fuentes doctrinales inspiradoras de la teoría de Keynes. Un ejemplo de este último hecho lo encontramos en las referencias que Patinkin hace a la obra de Wicksell como fuente del pensamiento de Keynes. La cuestión es sólo considerada en el estudio del *Treatise*. y no existe en los capítulos dedicados a la *General Theory* referencia alguna a Wicksell, ni se estudian tampoco las matizaciones que sobre los conceptos de interés natural e interés normal hace Keynes en los capítulos catorce y diecisiete de su obra fundamental. Este es, en mi opinión el punto más discutible del libro del profesor Patinkin, siendo previsible que la cuestión de la continuidad o ruptura en el pensamiento de Keynes seguirá por bastante tiempo constituyendo objeto de controversia en la literatura profesional.

El artículo publicado por Keynes en el *Q. J. of Economics* el año siguiente al de la publicación de la *General Theory* con el título de "The General Theory of Employment" insiste en la importancia que la incertidumbre tiene en la adopción de las decisiones económicas. Patinkin aborda esta cuestión en el último capítulo de su libro, señalando que el artículo de 1937 supone más una formulación de ideas ya conocidas que una modificación de alguno de los principios de la *General Theory*. La opinión de Patinkin supone en realidad una velada crítica a la interpretación que de este artículo había hecho el profesor Shackle, aunque el nombre de este último no aparezca mencionado en estas páginas. Considero acertada la opinión de Patinkin de que Keynes hizo poco uso de la teoría de la incertidumbre y que poco nuevo aportó al análisis económico en esta materia. La contribución de F. Knight a la teoría de la incertidumbre en su *Risk, Uncertainty and Profit*, libro publicado quin-

ce años antes del de Keynes, es sin duda muy superior a la del economista de Cambridge. Este desarrolla una teoría de la demanda especulativa de dinero y una teoría de la inversión abierta por el lado de las expectativas, pero no llega a delinear una teoría del comportamiento económico bajo condiciones de incertidumbre.

Una última reflexión. La publicación de las *Obras Completas* de Keynes parece haber contribuido a que el economista inglés sea al fin considerado como un clásico, cuya obra debe ser conocida en su conjunto, y no sólo en los aspectos que han sido denominados "revolucionarios". En estos momentos de afortunada reacción contra el keynesianismo ortodoxo tal hecho es muy positivo. Pero, mientras la ciencia económica contemporánea no sea capaz de elaborar una nueva teoría adecuada a la explicación de los problemas actuales, los libros y artículos que desarrollan o critican los principios de esa "revolución" iniciada en Cambridge hace más de cuarenta años seguirán constituyendo una parte importante de nuestra literatura profesional.

Francisco CABRILLO

Inflación y crisis en la Economía Mundial (Hechos y Teorías), LUIS ANGEL ROJO, Alianza Editorial (Colección El libro de Bolsillo). Madrid, 1976, 140 pgs.

Señala el autor en una nota previa que nos encontramos ante un simple trabajo de divulgación. La misma afirmación podría realizarse *a priori* ante la evidencia de la inclusión de la obra en una de las colecciones españolas que se dirigen al gran público. En efecto, el libro recoge los textos integros de cuatro conferencias pronunciadas los días 2, 4, 9 y 10 de diciembre de 1975 en la Fundación March. Pero el que se trate de una obra de divulgación no nos permite suponer ningún tipo de

simplismo en el desarrollo de la misma. Antes bien, al contrario, la sencillez de la exposición consigue que se haga factible el logro del objetivo didáctico, que sin duda se impone el autor. Sin embargo, se hace preciso el espíritu crítico del lector ante exposiciones esquemáticas a las que se aludirá, en aras de lograr una comprensión totalizadora, pero no mecanicista, de las diversas corrientes de Teoría Económica que el autor trata de sintetizar.

El trasfondo de la obra se dirige a analizar la interrelación existente entre los hechos económicos de los 30 últimos años y las teorías económicas que tratan de explicarlos. Más concretamente, tal interrelación viene determinada por la Política Económica aplicada siguiendo las distintas posturas teóricas. Luis Angel Rojo, al exponer paralelamente el decurso de los hechos y el desarrollo de las teorías y políticas económicas, consigue clarificar el panorama actual económico en lo referente a la importancia de aquellos y a la relevancia de éstas. La estrecha relación que existe entre teoría, política y realidad permite que el discurso avance en el mismo sentido en que la historia de los hechos y las teorías se han sucedido. La introducción implícita de este sentido desentraña, a su vez, el nudo de la cuestión, que según el autor parece tener dos vertientes: Por una parte la manifiesta incapacidad de las teorías económicas —tanto la keynesiana como la monetarista— para ofrecer respuestas satisfactorias a una plétora de problemas pendientes de solución, y por otra la influencia de una serie de factores socio-políticos en la agravación de los problemas económicos. De esta doble problemática aparece también una doble conclusión: con respecto a la teoría económica y a través de lo que J. Robinson ha definido como segunda crisis de la Teoría Económica, Luis Angel Rojo constata “un acercamiento considerable entre las posiciones monetaristas y keynesianas que, con mejor o peor fortuna, han inspira-

do las políticas económicas del período. Las dos partes han contribuido a esa aproximación aunque persisten diferencias importantes entre ellas” (pág. 133). Por lo que se refiere a la realidad económica de la crisis, el autor concluye que la misma “no anuncia, ciertamente, el fin del capitalismo, cuyas posibilidades de adaptación son muy grandes; pero pone en cuestión su capacidad para mantenerse sobre la ola de prosperidad, es decir para regular la evolución de las economías a altos niveles de actividad y sin desequilibrios imposibles de soportar” (pág. 13).

Como ya ha quedado dicho, el libro consta de cuatro conferencias que no han sido modificadas, según se apresura a señalar el propio autor en la citada nota previa, puesto que están fechadas. Sin embargo, nos informa también el autor, se han añadido algunas notas a pie de página para ofrecer datos que parecían útiles o precisar referencias a obras o autores. La primera conferencia, bajo el título de “Tres décadas de ortodoxia keynesiana”, se dedica al estudio del pensamiento de Keynes desde tres puntos de vista. En primer lugar se compara la economía “clásica” con la de Keynes (aceptando la acepción que da a la palabra “clásica”, el propio Keynes). En la comparación se hace especial mención de las diferencias entre ambas en la concepción del tiempo, de las precisiones y de los ajustes de precios y cantidades. En segundo lugar el autor se hace eco, y acepta, la interpretación que hace Leijonhuvud de Keynes, según la cual éste “creía, a diferencia de muchos de sus seguidores, que la demanda de inversión —especialmente en sus componentes a más largo plazo— adecuadamente elástica al tipo de interés” (pág. 17). Con todo, el problema radica en que el tipo de interés se mueva con la rapidez e intensidad requeridas. Dado que ello no parece posible a corto plazo, la lógica consecuencia que se deduce es que la política monetaria debe aplicarse a largo plazo con el objetivo de mantener el tipo de

interés al nivel aproximado de pleno empleo. En tercer lugar, el autor estudia los problemas concretos del mercado de trabajo, que según Keynes, tiene una demanda derivada y cuyos precios (salarios monetarios) son rígidos a la baja. Ante tal situación las autoridades deberían dar como válidos los niveles de precios y salarios y actuar sobre el ajuste del tipo de interés y la eficacia marginal de la inversión a través de las políticas monetaria y fiscal. Asimismo, y en esta primera conferencia se analiza la situación concreta de la Teoría Económica en estos últimos años, concluyendo que no todos los autores que podemos agrupar bajo el rótulo de keynesianos se han movido en la ortodoxia de su maestro. Así considera a) que el keynesianismo de primera hora se despreocupó del "contenido" de la demanda; b) que si bien se ha seguido a Keynes al considerar que el mantenimiento de una estabilidad de precios sería un problema más político que económico, los keynesianos, más pesimistas, pensaron que los gobiernos —vacilantes entre el miedo a la inflación y el temor al paro— llevarían a cabo políticas de *stop-go* (lo cual ha sucedido), haciendo del sector público la principal fuente de perturbaciones económicas; c) que contra la opinión de Keynes sobre la importancia de la política monetaria, los primeros keynesianos fueron escépticos respecto a la eficacia de la misma. Finaliza esta conferencia con un sucinto análisis de las políticas económicas llevadas a cabo en USA por las escuelas de la "Nueva Economía" y Monetarista, explicando las causas del auge de la primera en el lustro 1961-65.

La segunda conferencia, titulada "El auge del Monetarismo" comienza con la consideración de que tal auge es "un ejemplo de las virtudes proselitistas que posee la afirmación reiterada de proposiciones simplistas y una muestra de la dificultad de seleccionar racionalmente entre teorías alternativas en el campo del pensamiento económico"

(pág. 43). El autor trata de explicar las proposiciones básicas del monetarismo a través de su composición con las ideas del keynesianismo radical vertido en el informe Radcliffe (nombre por el que se conoce el *Report del Committee on the Working of the Monetary System*, Londres (1959). Si bien esto acarrea un alejamiento de la realidad keynesiana por cuanto muchos autores de esta tendencia no están de acuerdo con el citado informe, el objetivo didáctico de la comparación queda sobradamente cumplido, máxime si atendemos al carácter de divulgación que tienen las conferencias. Antes de exponer las líneas maestras del informe Radcliffe, Luis Angel Rojo explica que las autoridades solo lograrán regular la evolución de la demanda efectiva a partir del control de la oferta monetaria si "las variaciones de la demanda efectiva... son una función estable de los desequilibrios entre la oferta monetaria y la demanda de dinero, y además, la demanda de dinero es una función estable de un conjunto de variables susceptibles de variación o control (pág. 45).

Una vez expuestos los argumentos que llevan a los keynesianos "radicales" a negar la posibilidad, el autor expone los razonamientos monetaristas, también de forma muy esquemática, no sin antes señalar la dificultad de ofrecer una visión ponderada del monetarismo debido a: sesgos ideológicos, la existencia de la llamada "caja oscura" del monetarismo, y la diversidad de autores y posturas en el seno del movimiento, que van desde Friedman hasta Brunner y Weltzer. Según Rojo el cuerpo central del monetarismo se ciñe a la aceptación de los siguientes puntos: 1) Estabilidad en la función agregada de demanda de dinero; 2) Existencia de importantes factores que actúan sobre la oferta de dinero con independencia de su demanda, de modo que la oferta monetaria puede ser tratada como variable exógena susceptible de control; 3) Consideración de una relativa estabilidad en el

sector privado, siendo el sector público el causante de la inestabilidad sobre todo a partir de los impulsos monetarios; 4) Convicción de que el mecanismo de transmisión de la oferta monetaria a la renta monetaria pasa a corto plazo por aumentos de la renta real, pero que a largo plazo todo el peso recae sobre los precios. Por último se hace un pequeño repaso de la actuación monetarista en la Política Económica de los USA en los años 1969-71, con reflexiones centradas en la guerra del Vietnam.

La tercera conferencia tiene el título de "La gran inflación de los años setenta". Después de presentar una serie de datos significativos de la inflación a nivel mundial en los 4 primeros años de la década de los setenta, el autor analiza sucesivamente, y a la luz del monetarismo y el keynesianismo los datos expuestos. Partiendo de la base de que el monetarismo no acepta más explicación que la puramente monetaria y que el keynesianismo acepta tal explicación siempre que se tengan en cuenta los fenómenos reales, Rojo pasa a explicar los problemas monetarios internacionales inducidos por la llamada "crisis del sistema monetario internacional". Acto seguido se adentra en los problemas de la balanza de pagos para dar una visión sucinta de la explicación monetarista. Tras ello expone que el keynesianismo parte de una Teoría oligopolística de fijación de precios y que con ello mantiene una postura más elástica con respecto a los fenómenos inflacionistas, negando que se pueda atribuir a las altas tasas monetarias la persistencia de una inflación que tiene otros orígenes, y entre los cuales cabe citar, además de los ya expuestos en el sentido de fijación de precios, la aparición de una mayor agresividad sindical, el aumento de precios de productos alimenticios y materias primas en 1972-73, etc.

La cuarta y última conferencia se titula "La recesión 1974-75" y en ella se analizan en primer lugar los princi-

pales efectos de la crisis inflacionista y el establecimiento de políticas recesivas en la totalidad de países para hacer frente a la inflación. Junto a problemas económicos se tratan cuestiones de política internacional señalando sobre todo la responsabilidad que recae sobre las grandes potencias industriales en el establecimiento de políticas de estabilización que puedan afectar el equilibrio comercial y por ende interno de los demás países, así como la falta efectiva de una cooperación internacional. Por último realiza una prospección en el futuro tratando de ver cuales son las políticas que deberían llevarse a cabo, tanto desde el punto de vista monetarista como keynesiano.

En definitiva, constituye la reseña una obra recomendable para aquellos estudiantes que, cursando estudios de Macroeconomía, se interesen por las relaciones existentes entre teoría y realidad, tanto en los aspectos en que aquélla puede influir sobre ésta como en las que ésta se hace difícilmente aprehensible para aquélla.

Salvador BERTRAN CODINA

Saggio sulle classi sociali, PAOLO SYLOS LABINI. Ed. Laterza, Bari 1975. 196 pp.

Entre otras obras menores, Sylos Labini ha escrito tres, que aunque desiguales, tienen una cierta conexión por la doble evolución que conllevan. En la primera de ellas obra fundamental de la teoría económica moderna, propuso al mismo tiempo que Bain una solución al problema del oligopolio. Ello fue la causa de que la segunda parte de dicho libro, mucho más sugerente en lo que se refiere a las transformaciones del capitalismo contemporáneo, quedase relegada. La segunda, intentaba de nuevo ver estas transformaciones, en base a las polémicas sobre las causas de

la inflación, y de nuevo lo hacia paralelamente a unos autores anglosajones (*Do trade unions causa inflations?*, Jackson Turner, Willkinson). Esta tercera obra, el paso a cuestiones sociales es total, y con ello es dudoso que ningún anglosajón le acompañe, puesto que el ensayo se refiere específicamente a las clases sociales en Italia (aunque el autor quiere generalizar inconscientemente).

Sin embargo, este tercer intento también es más polémico, y seguramente menos aceptado. Al igual que en los dos primeros, el tema central ha sido objeto de múltiples ensayos en el momento actual: las transformaciones que el aumento de las clases medias origina en el poder político y en las estrategias de los distintos partidos.

Como bases de partida, desarrolladas en la introducción y en los primeros capítulos, están la fe política de Sylos-Labini ("honesto reformista", tomado de una cita de Marx) y la actual estratificación social italiana (p. 24-25), aunque este segundo elemento recuerda un poco un diálogo de las "Historias del ZOO" de Albee*. Aquí la dificultad está en los tres estratos que componen la siempre difícil "pequeña burguesía" ("que no es propiamente una clase", p. 44). Como buen reformista el autor dice que el aumento de esta capa es la causa de la transformación del capitalismo italiano. Este aumento ha sido causado principalmente por el aumento de la burocracia y de la pequeña burguesía comercial, protegida esta última por la política económica, y que ha superado a la disminución de la pequeña burguesía agrícola (proletarizada, tal como Marx y Kautsky preveieron). Además, esta clase o grupo ha visto aumentada su preponderancia por dos transformaciones paralelas: la aparición de la burguesía financiera (simétrica al subproletariado), clase netamente dominante en política, y la tecnificación de la

economía, por la que la "aristocracia del proletariado" se hace cada vez más parecida a la pequeña burguesía, al percibir rentas cuantitativamente similares. Esta evolución es además, similar en los demás países capitalistas (p. 64).

Con estas observaciones, Sylos Labini intenta ver las alianzas que han aparecido en otros momentos de crisis como es la actual. Para ello traza un esquema de la situación italiana en 1921, que con las ocupaciones de fábricas, y con el desinterés de los partidos de izquierda, hicieron que se forjara la alianza entre la gran burguesía y la mayoría de la pequeña burguesía (carne de cañón de los partidos fascistas).

En la segunda parte solo hay que aplicar esta experiencia a la situación actual. Para ello se propone una alianza entre la pequeña burguesía y "aquellos que gestionan los intereses de la clase trabajadora" (curiosa disociación para quien cita a Marx), para poder efectuar las reformas necesarias, incluso las más radicales. Los obstáculos a este proyecto son analizados en distintos lugares: la burocracia estatal, ciertos pequeños propietarios, la crisis de la tasa de beneficio, la izquierda extraparlamentaria, el alto grado de analfabetismo, etc. Pero también los posibles elementos de la solución: los intelectuales y técnicos, el hecho de que los partidos parlamentarios de izquierda no quieren (ni querían en 1945) la revolución proletaria (incompatible, según el autor con la revolución democrática, p. 88). En todo caso, según Sylos, la gran burguesía puede estar interesada en las reformas; pero también existe el problema de la burocratización de los partidos, cuyos cuadros provienen generalmente de la pequeña burguesía.

La democracia cristiana es el representante de la burguesía financiera y especulativa (p. 121, cita de Galli). El partido comunista está ligado en cierta medida al modelo soviético. Y aunque

*"Clase media-alta-superior o clase media-alta-inferior".

ambos, así como el socialista, son interclasistas, unos lo son más que otros (p. 106). Como es de preveer, este carácter es una ventaja en la alianza política concreta, con lo que por eliminación, queda el partido socialista como príncipe azul de la nueva Italia. Y como previamente se ha dicho que los pocos resultados obtenidos por el centro-sinistra son la causa del poco éxito de la DC, y el éxito de la Emilia-Romagna, se ha obtenido mediante

una alianza orgánica entre las capas medias y la clase obrera, con hegemonía evidente de las primeras, el programa de gobierno queda trazado. De todas formas, el libro está escrito antes de las últimas elecciones, y aunque la línea que Sylos propugna fue defendida en parte por el PC, su príncipe azul se quedó sin princesa. Pese a todo, el libro es interesante, aunque la dimensión económica del autor haya dejado paso a la política-ficción.

Lluís ARGEMI D'ABADAL